

# Don Francisco Giner de los Ríos

EN febrero se cumplió el primer decenio de la muerte de don Francisco Giner de los Ríos. Todo español de hondo y sentido patriotismo habrá de honrar con agradecida emoción la memoria del maestro. El deber ineludible de crítica negativa frente a los falsos valores de un patriotismo, por ser éste escarnio de los más nobles sentimientos de comunidad espiritual, ha de trocarse, en esta ocasión, en alabanza positiva. Don Francisco Giner ha creado la patria española, espiritual, culta y seria. Trabajó por mantener la continuidad científica y humana, y por enlazarla a la conciencia del mundo. Durante una época de oprobio, poco respetuosa con tan sutiles valores, fué incansable apóstol de los derechos del espíritu. Su figura será honrada por generaciones venideras, como punto luminoso de la España del siglo XIX. Las otras sombras, las de sus perseguidores, que en la historia se pavonean con casaca, voz hueca y desmán de violencia, se confundirán, con la distancia cada vez más, en masa anónima, espesa y terrosa. Duro surco, al que rompe con esfuerzo el espíritu, donde siembra el germen de un pueblo.

\*\*\*

A D. Francisco Giner se debe la continuidad de la patria espiritual española. Pero en D. Julián Sanz del Río, su maestro, hay que buscar el nuevo brote de la cultura en nuestro país, en el siglo XIX.

Meses antes de morir, trazó don Francisco, agobiado por el remordimiento de no haberlo hecho antes, y siempre con el propósito de ampliar la obra, unas notas biográficas sobre don Julián Sanz del Río, firmadas por «Un discípulo». Fué en 1914, con ocasión del centenario del nacimiento del filósofo español.

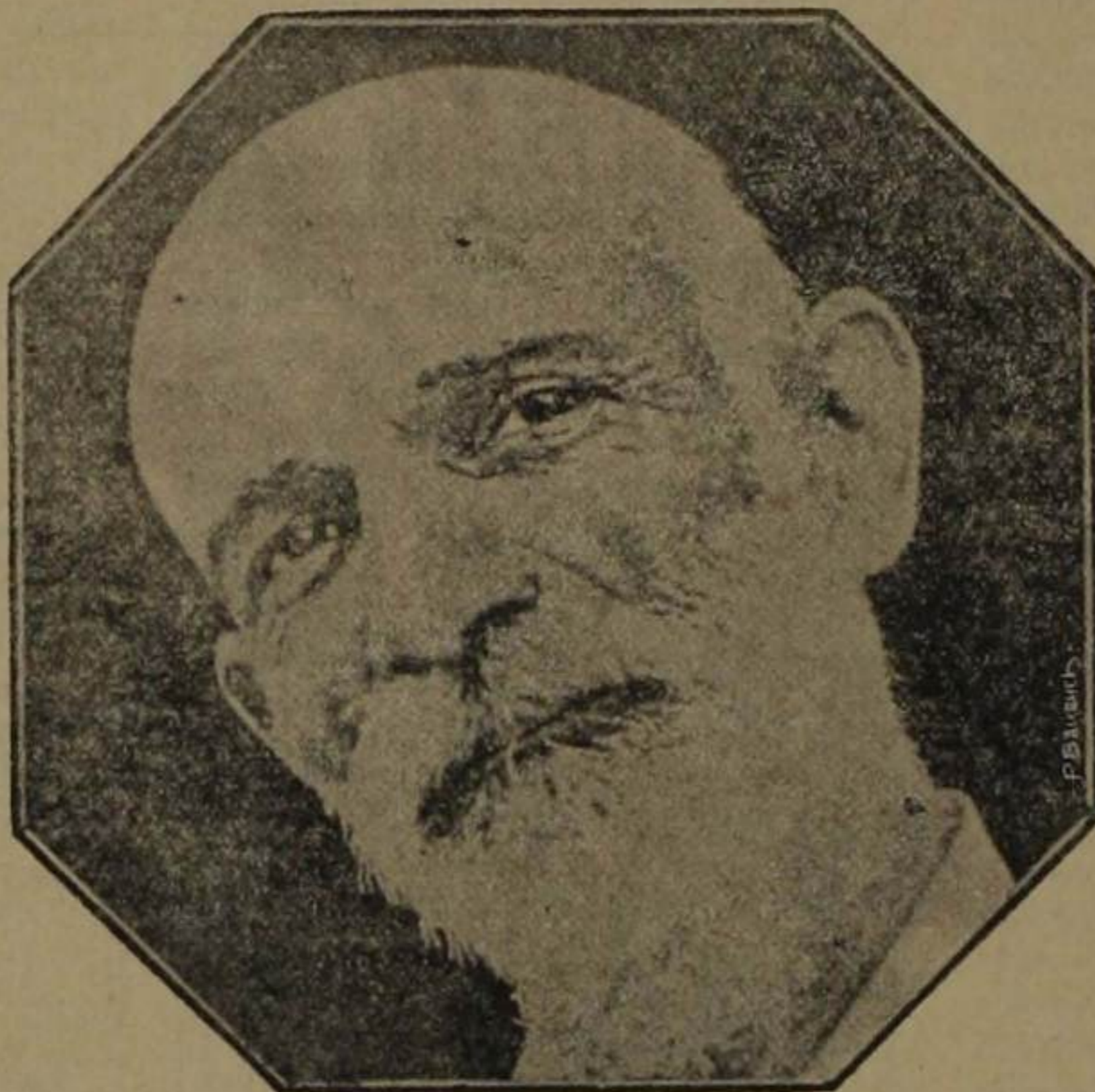
En ellas decía: «La verdadera señal y testimonio de su paso por el mundo del espíritu nacional está en la diferencia—tan pequeña o tan grande, como se la quiera suponer—entre la España intelectual de 1860 acá y la de antes: diferencia cuya raíz fundamental le es precisamente debida». Es cierto, Sanz del Río fué el precursor. Bastó entonces, en 1857, que el filósofo trajera a España un eco de conciencia europea, de probidad científica y moral, para que los hombres españoles más ilustres del siglo XIX se agruparan, a nombre de la cultura, en magnífico ademán de dignidad civil. Vivieron como isla, refugio del espíritu, en la espesa España isabelina, y durante la fatal Restauración, sin que persecuciones o cárceles quebrantaran su firme ánimo, empeñado en la gran aventura del triunfo de la cultura.

Mientras que Sanz del Río ahondaba en el bello libro, consolación de almas, *Ideal*

grande Apóstol de España

POR

MANUEL PEDROSO



de la Humanidad para la vida, el país se complacía en un magnífico analfabetismo. De 15, seis millones de habitantes sabían leer, el 19,7 %. La burguesía era, si no iletrada, inculta. El absolutismo fernandino había aplastado el renacimiento espiritual, muy siglo XVIII, y enciclopedista, que iniciaron los diputados de Cádiz. Los nuevos ricos de la desamortización, especuladores en ferrocarriles, no sentían gran respeto ni por la ciencia ni por los intelectuales. La Corte borbónica era un reflejo del país, y no precisamente Corte florentina. Un cierto matiz de graciosa picardía velaba el estilo de finura que suele adornar a la realeza. Su Majestad mismo, aunque muchacho muy precoz, era «incredibly ignorant», como dice un historiador inglés.

Horroriza el imaginar la suerte de España, si no hubiera intervenido entonces, para desviarla, un factor individual, pero de vuelo insospechado. El ministro D. Pedro Gómez de la Serna pensionó a don Julián Sanz del Río para que estudiara filosofía en Alemania. El hijo de unos pobres campesinos de Torrearévalo, en la árida Provincia de Soria, educado a expensas de un canónigo, tío suyo, habría de labrar el futuro de España con más beneficiosa eficacia que todos los turbulentos figurones de la Corte isabelina. Anudó Sanz del Río la cultura de España a la de Europa. En Heidelberg estudió con los discípulos de Krause, Roder y Leonhardi, y con el historiador Weber. Vuelto

a España solicita permiso para retirarse a estudiar, alegando, raro ejemplo de probidad, no hallarse lo bastante preparado. Concedida la licencia, aunque con pérdida de la cátedra, Sanz del Río se recluye en Illescas, la villa toledana de Cervantes, donde se veneraban, entonces sólo como santos, unos cuadros del

Greco. A los ocho años, elaborado su sistema filosófico krausista, fermento de la intelectualidad española, logra reconquistar su cátedra, desde donde irradia su acción científica y educadora.

No tardaron los enemigos en darse cuenta del peligro que representaba Sanz del Río. Le persiguieron a nombre de la religión y del orden. El ministro Orovio le privó de la cátedra en 1867, por negarse Sanz del Río a subscribir una profesión de fe católica y dinástica. Aunque repuesto en ella por la revolución, en 1868, no la explicó mucho tiempo, pues amargado por las calumnias y la saña de sus perseguidores, murió en 1869, a los 55 años. Aun después de muerto fué vejado. Un busto que los albaceas de Sanz del Río colocaron en la Facultad de Filosofía, para perpetuar la memoria del maestro, pereció ante la ira destructora de un profesor, que creía así interpretar el espíritu de la Restauración entonces triunfante.

La *Análítica* y las *Lecciones sobre el sistema de la Filosofía*, «cuya depuración y rigor—dice don Francisco Giner—no han sido nunca superadas, representan la parte central de su obra». Ciertamente, pero tanto como el contenido de su filosofía teórica, ya pasada, influye en España, a más de su noble ejemplo de seriedad científica, la parte práctica. Sanz del Río, siguiendo a Krause, quería la ciencia para el hombre. Y así, *El Ideal de la Humanidad*, publicado en 1860, que Sanz del Río refundió, del *Urbild der Menschheit* de Krause, acoplándolo a la realidad y a las necesidades morales de España, fué un libro director de los problemas de la vida diaria española.

El *Ideal de la Humanidad* coloca al hombre en la Historia. Responde a la corriente romántica y a su interés por los problemas de la misma, que tanto destaca Schelling, el maestro de Krause. El hombre aspira a vivir no en tierra ajena, sino con el anhelo de crear la «patria terrena», que hoy no existe. Tiende a la humanización de la Humanidad en la tierra. Ha de crear una segunda naturaleza superior—el mundo como historia—que garantice al hombre la libertad, armonizando todas las oposiciones. La Historia revela este rasgo en la creación progresiva de sociedades, para el fin total humano, cada vez más completas, hasta llegar al establecimiento en el mundo del Estado unido de Europa, y del Estado unido de América.

(Pasa a la página 45)